

## LECCION XXI.

## CONOCIMIENTO DE LA RELIGION. — PROMESAS Y FIGURAS DEL MESÍAS.

La Religion es una inmensa gracia, el conjunto de todas las gracias. — Rasgo histórico. — Lo que exige de nosotros la Religion. — La religion cristiana es tan antigua como el mundo. — Sabiduría de Dios en el desarrollo sucesivo de la Religion. — Exposicion del plan general de la Religion. — Primera promesa del Mesías. — Adán, primera figura del Mesías. — Patriarcas. — Abel, segunda figura del Mesías.

La Religion es una ley, la ley suprema, universal, y base de todas las demás: así lo hemos visto en la leccion anterior. La naturaleza se ha estremecido quizás á este nombre de ley, y nosotros hemos sentido despertarse en el fondo de nuestro corazon no sé qué sentimiento de repugnancia y de temor. Apresurémonos á reprimirlo; si la Religion es un yugo, lo es muy suave y una carga asaz ligera<sup>4</sup>; es además un magnífico beneficio, una gracia, un favor, una gloria inmensa para el hombre; digo mal, es la única fuente de toda ventura y de toda gloria en lo presente y en lo porvenir.

Tal es el punto de vista, por otra parte enteramente justo, bajo el cual debemos considerar desde el principio la Religion. La ignorancia del hombre y especialmente sus viciosas inclinaciones le persuaden con demasiada frecuencia de que la Religion es un yugo penoso y como un funesto presente que Dios nos ha hecho; y víctimas de tan deplorable error, un gran número solo se someten á sus saludables prescripciones por la fuerza y por temor, y otros la abandonan declaradamente ó la miran con criminal indiferencia. ¡Hombres, hermanos míos, hermanos desventurados y ciegos! ¡qué extraño trastorno! No veis, pues, que la Religion es el mas hermoso regalo que Dios nos ha hecho jamás! No sabeis, pues, que si la Religion os impone su amable yugo, es por libertaros del abrumador y vergonzoso yugo de las pasiones y vicios; ni sentís que es la luz de vuestra alma, la garantía de vuestros derechos, el consuelo de vuestros numerosos dolores, y el principio de todo lo hermoso, bueno, grande y sublime sobre la tierra; ni comprendéis que sin ella seríamos tan solo animales como los que pacen la yerba de nuestros prados ó rumian en nuestros establos, en tanto que con ella somos los hijos del Altísimo, los dioses de la tierra, los candidatos del cielo, los émulos de los Angeles, y los

<sup>4</sup> Jugum meum suave est, et onus meum leve. (Matth. xi, 80.)

herederos de un imperio cuya magnificencia eclipsa todos los esplendores del firmamento, y cuyas nobles delicias son, comparadas con los placeres del mundo, lo que un panal de miel á un ajeno.

Pero la Religion debe considerarse, bajo otro sentido mas elevado, como un beneficio y una magnífica limosna. Hemos dicho que el hombre fué criado en un estado sobrenatural de gracia et de justicia destinado á guiarle á la visa intuitiva de Dios en el cielo. Pues bien, no éramos acreedores á esta dicha, por cuyo motivo la Religion, que es la expresion de las relaciones sobrenaturales gratuitamente establecidas entre Dios y el hombre, es por consiguiente un inmenso favor, y es la gracia por excelencia, la gracia variada de mil maneras. Efectivamente, la teología católica define la gracia: *Un auxilio, ó mas bien el conjunto de auxilios sobrenaturales*<sup>1</sup>, que Dios concede gratuitamente á los hombres, en vista de los méritos de Jesucristo, para su salvacion. Reconoce además dos grandes especies de gracias: las exteriores y las interiores<sup>2</sup>.

Las gracias exteriores son todos los medios sobrenaturales visibles ó sensibles por medio de los cuales nos ayuda Dios á salvarnos; y

<sup>1</sup> Hé aquí cómo precisa el Doctor angélico la diferencia de la necesidad que tiene el hombre de la gracia antes y despues de su pecado: « El hombre despues del pecado no necesita mas de la gracia de Dios que antes, sino para mas cosas: » parar curar y para merecer, pues antes solo necesitaba de una de las dos, de la » segunda. Antes, podia conocer las verdades naturales sin el don sobrenatural de » la gracia, hacer todo el bien natural y amar á Dios naturalmente sobre todas » las cosas; pero no podia sin ella merecerla vida eterna, que es cosa superior á la » fuerza natural del hombre. Despues, no puede tampoco, sin la gracia, conocer » mas que algunas verdades naturales, y hacer algun bien natural del mismo orden; » y para que lo pueda todo esto completamente como antes, es preciso que la gracia » cure la enfermedad ó la corrupcion de la naturaleza. Finalmente, despues, como » antes, se necesita la gracia para merecer la vida eterna, y para creer, esperar en » Dios, y amarle sobrenaturalmente como objeto de la vision intuitiva. » (Summa, p. 1, q. 95, art. 4 ad 1; q. 109, art. 2, 3, 4.) — Así pues, segun el Doctor angélico, el hombre tenia necesidad de la gracia antes de su pecado para elevarse sobre sí mismo hasta Dios, pero tambien la necesita despues para ponerse primero al nivel de sí mismo.

<sup>2</sup> Solo hablamos aquí de la gracia en general; trataremos de ella en particular en la parte II del Catecismo. — La palabra importante es *sobrenatural*, ó superior á la naturaleza. Segun la explicacion de santo Tomás, que es la explicacion católica la gracia es un don sobrenatural no solo al hombre que carece de la perfeccion de su naturaleza, sino al hombre en su naturaleza entera, y no solamente al hombre, sino á todas las criaturas, porque la gracia nos conduce á la vision intuitiva. Pero como hay entre Dios y la criatura una distancia infinita, es por lo mismo naturalmente imposible á una criatura, cualquiera que sea, ver á Dios tal cual él mismo se ve. — Cum vita æterna omnem facultatem excedat, non potest homo, neque in statu naturæ integræ, neque in statu naturæ corruptæ, ipsam absque gratia et divina reconciliatione à Deo promereri. — Et inde est quod nulla natura creata est sufficiens principium actus meritorii vitæ æternæ, nisi superaddatur aliquod supernaturalis donum quod gratia dicitur. (P. 1, q. 114, art. 2.)

siendo la Religion la que nos conduce á la salvacion, esta primera especie de gracia encierra por consiguiente todo lo que compone exteriormente la Religion. Así pues, comprende en el Antiguo Testamento todas las revelaciones hechas á los Patriarcas, todas las promesas, figuras y vaticinios del Mesias, la ley dada en el monte Sinai, el Decálogo, todos los sacrificios, ritos, ceremonias, fiestas, cantos y oraciones del culto judáico, todas las doctrinas de los Profetas para atraer á los Hebreos á la virtud, todos los buenos ejemplos dados por los santos personajes de aquellos tiempos; en una palabra, todos los auxilios exteriores que podian inclinar al hombre á procurarse su bien sobrenatural, y, por consiguiente, toda la religion mosaica. Luego es cierto que antes de la venida del Mesias toda la religion exteriormente considerada no fué mas que una inmensa gracia, variada de mil maneras para conducir al hombre á la dicha sobrenatural.

Lo mismo ha sido desde la venida del Mesias. Considerada exteriormente la religion cristiana, es decir, la Religion desarrollada por el Redentor en persona, las doctrinas admirables de este divino Salvador, sus milagros y ejemplos, las predicaciones de los Apóstoles y de todos sus sucesores esparcidos mil ochocientos años há por todo el universo, el Símbolo, el Decálogo, los Sacramentos, las fiestas, los ayunos, todas las leyes de la Iglesia, los ejemplos de la innumerable multitud de mártires, vírgenes y solitarios, y, en una palabra, todos los auxilios exteriores que desde la venida de Jesucristo pueden inclinar al hombre á hacer el bien sobrenatural, son otras tantas gracias exteriores; y, por consiguiente, la Religion entera no es mas que una inmensa gracia desde aquella época feliz, gracia variada de mil maneras para conducir al hombre á la felicidad sobrenatural<sup>1</sup>.

Tal es la primera especie de gracias, las exteriores.

Pasemos á las gracias interiores. Esta segunda especie comprende las virtudes infundidas en nuestra alma por el bautismo, la fe, la esperanza y la caridad, y todo cuanto mueve interiormente nuestro corazón, todo lo que ilumina interiormente nuestra alma, y lo que nos dispone interiormente al bien sobrenatural, y nos da fuerza para conseguirlo. Los buenos pensamientos, las santas resoluciones, los piadosos impulsos, las saludables inspiraciones y los castos deseos son otras tantas gracias interiores. ¿Quién puede contarlas? ¡Ah! mas fácil sería calcular el número de nuestros cabellos.

La gracia interior, lo mismo que la exterior, varía de mil maneras; toma todos los tonos, y afecta todas las formas, y nos hace oír todas las voces: voz de la fe, de la esperanza, del amor, del remordimiento, del temor, de la tristeza y de la alegría; voz de la tierna madre que suplica y llora, del padre irritado que reprende y ame-

<sup>1</sup> Véase Bergier, art. *Gracia*.

naza, y voz del amigo que dirige suaves reproches. Desde el primer instante de nuestra razon hasta nuestro último suspiro el Redentor está noche y dia en pié á la puerta de nuestro corazón, repitiéndonos sin cesar en todas las lenguas y en todos los tonos: *Hijo mio, ábreme; dame tu corazón*<sup>1</sup>.

Lo que precede basta para hacernos bendecir eternamente al Dios de misericordia que se dignó restablecer el lazo sagrado de la Religion, roto por el pecado del primer hombre. Pero no se contentó con restablecerlo, pues para glorificar dignamente á su adorable Hijo, hacer brillar en todo su esplendor su infinita misericordia y castigar mejor los celos del demonio, autor de nuestra ruina, hizo que superabundase la gracia donde habia abundado el pecado<sup>2</sup>, contrayendo con el hombre decaído una segunda union no menos íntima y mas ventajosa que la primera. Esta nueva exposicion justifica la asombrosa palabra de la Iglesia que llama el pecado de Adán *un pecado feliz*, y añade este último rasgo á la demostracion de la verdad capital de que la Religion es una magnífica limosna. ¿En qué consiste la superabundancia de bienes que debemos al Cristianismo, es decir, á la union restablecida entre Dios y el hombre por el Redentor? Tratarémos de explicarlo.

« ¿Deseais comprender, pregunta san Crisóstomo, la superabundancia de la gracia de Nuestro Señor? Oid: un siervo contrae una deuda de diez óbolos, y no pudiéndola pagar, su amo se apodera de él y lo echa en un calabozo con su esposa y sus hijos. Sabe el caso un hombre rico, y va á encontrar al acreedor, á quien da no solamente diez óbolos, sino diez mil monedas de oro. Despues, entrando en la cárcel, arranca de ella al deudor, le lleva á un magnífico palacio, le coloca en un trono, y le corona de gloria y honores. Esto, y mucho mas aun, ha hecho Nuestro Señor por nosotros: ha pagado infinitamente mas de lo que debíamos, y ha reemplazado con bienes superiores las ventajas que nos arrebatara el pecado de Adán<sup>3</sup>. »

Así pues, criados en la amistad de Dios, Adán nos hace hijos de cólera, deudores de la pena de *daño* durante toda la eternidad, y nos priva de la gracia en virtud de la cual *puede* perseverar el hombre. Nuestro Señor nos hace hijos de adopcion, nos libra de la pena de daño y de la de sentido, al mismo tiempo que nos comunica una gracia mas fuerte en virtud de la cual *perseveramos* realmente á pesar de nuestra flaqueza y de los enemigos terribles que nos hacen la guerra.

Criados en la inocencia, Adán nos mancilla transmitiéndonos un

<sup>1</sup> Prov. xxiii, 26.

<sup>2</sup> Rom. v, 20.

<sup>3</sup> In *Epist. ad Rom.* homil. X, t. IX, pag. 573 et seq.

solo pecado, y Nuestro Señor nos purifica borrando no solamente este pecado original, sino tambien todos los cometidos por nuestra voluntad personal. La gracia de Nuestro Señor, mas fuerte que el pecado de Adan, opone un dique á la mancha original, y preserva de ella á la augusta María, á la cual convierte en depósito inagotable de gracias para el mundo y en un milagro de santidad que sobrepuja á todos los del estado de inocencia; y mas abundante, en fin, que el pecado de Adan con que se infecta solo la raza humana, la gracia de Nuestro Señor se extiende no solamente á todos los hombres nacidos ó por nacer, sino tambien á los Ángeles.

Criados libres de los ataques de una carne rebelde, Adan nos libera de la concupiscencia, y Nuestro Señor la trueca en ocasion de una lucha generosa y de una noble victoria, hasta tanto que la ahogue completamente en la felicidades del cielo.

Criados exentos de la muerte, Adan nos sujeta todos á su imperio y nos priva de los frutos del árbol de la vida; y Nuestro Señor rompe el cetro de la muerte, se hace á sí mismo nuestro árbol de vida, dándonos por alimento su carne adorable, y nos asegura para la eternidad una vida gloriosa é inmortal.

Criados en la gracia, Adan nos precipita consigo desde la altura del órden sobrenatural, y nos reduce, ó poco menos, al estado de simple naturaleza; y Nuestro Señor nos toma de la mano y nos eleva á un estado mas perfecto y sublime que aquel en que Adan fué formado.

Criados á imagen de Dios, Adan nos hace perder esta augusta semejanza, y nos asemeja á los irracionales; y Nuestro Señor restablece nuestra semejanza con Dios, y en él y en María nuestra naturaleza es elevada sobre todas las jerarquías del cielo.

Criados en la justicia original, Adan nos despoja de ella; y Nuestro Señor nos da en cambio una abundancia incalculable de gracias y virtudes. Nos da primeramente virtudes que nunca hubiesen existido en el estado de inocencia, como la paciencia, la penitencia, el martirio, la virginidad, el apostolado y otras muchas que truecan la naturaleza humana en objeto digno de la admiracion de los Ángeles, y nos comunica además las gracias que elevan estas virtudes á un grado de poder á que jamás hubiesen llegado en el estado de inocencia<sup>4</sup>.

Luego la Religion es el mas hermoso regalo y la mas magnífica li-

<sup>4</sup> Todo lo que precede es de Cornelio Alápide, *in Epist. ad Rom. t. V.* Este piadoso y sabio intérprete concluye en los siguientes términos: « Longe majora bona » et dona nobis contulit gratia Christi, quam Adam abstulerit, scilicet tot gratias » et dona Spiritus Sancti, quas Christus contulit apostolis, martyribus, doctoribus, » eremitis, episcopis, virginibus, aliisque filiis Novi Testamenti, quibus caruit » Adam, ac tandem ipsam gloriam et immortalitatem ejusque dotes maximas, » plurimas et diversissimas. » (T. IX, pag. 84.)

mosna que puede Dios hacernos. ¿Debemos asombrarnos de que los Santos de todos los siglos lo hayan preferido á todo, y sufrieran con alegría los mas espantosos suplicios, antes que renunciar á tan precioso tesoro? En el momento que escribimos estas líneas existe un ejemplo tan heroico de este amor á la Religion, que seriamos acreedores á nuestro propio reproche si no le diéramos toda la publicidad que depende de nosotros.

Hé aquí lo que escribe un misionero de la China: « Durante la » persecucion de 1805 fueron desterradas diez y seis personas, entre » las cuales habia tres mujeres, tres tártaros de la familia imperial y » un mandarin. Todos sostuvieron generosamente el peso de la per- » secucion y perseveraron en la fe. Otros tres fueron condenados á » llevar la cadena, y se les grabó la cruz en la planta de los piés con » un hierro candente para obligarles á andar sobre ella. Dos murie- » ron hace mucho tiempo como verdaderos mártires; el tercero vive » aun y lleva la canga treinta años há!!! Se llama Pedro Tsax; su » nombre es precioso y digno de conservarse, porque abriga la con- » fianza de que mas adelante será el de un mártir. Esta sola expre- » sion: « ¡Renuncio á mi Religion! » expresion que mil veces han » tratado en vano de arrancarle, bastaria para libertarle del instru- » mento de su suplicio y devolverle la libertad; pero con la gracia de » Dios esperamos que, así como lo ha sido, será constante en la fe » hasta el último suspiro.

« Ha sido colocado en una cárcel situada en una de las puertas de » la ciudad de Pekin, para que todos los que pasen puedan ver y » contemplar en él un ejemplo de la severidad á que deben prepara- » rse los que están dispuestos á abrazar la fe de Jesucristo. Este » venerable atleta de la Religion permanece inaccesible á las pro- » mesas y amenazas de los perseguidores. Es un espectáculo muy » edificante ver el contento que experimenta en su cruel posicion; las » almas piadosas van con frecuencia á visitarle para edificarse, alen- » tarle y proporcionarle todos los alivios que puede recibir, y un » suplicio tan prolongado y doloroso, y la facilidad con que podria » libertarse de él con la apostasia, le engrandecen mil veces mas de- » lante de Dios, que si perdiese la cabeza en el cadalso. ¡Qué corona » tan hermosa le reserva el Señor en el cielo! Este confesor de la fe » es un verdadero tesoro para nuestra cristiandad, y un ejemplo que » habla en voz muy alta á la conciencia de todos, fortifica á los débi- » les, sostiene á los fervorosos, y da á comprender cuánta dicha se » experimenta al padecer por el nombre de Jesucristo<sup>4</sup>. »

Este ejemplo, aunque es tan heroico, no tiene nada de asombroso á los ojos del cristiano, aun cuando fuera mil veces mas heroico; lo que

<sup>4</sup> *Anales de la Propagacion de la Fe*, noviembre de 1837, pág. 112.

asombra es ver el poco caso que la mayor parte hacen de la Religion, y verles ultrajar á su bienhechor, y perder su derecho al cielo sin perder un momento de sus placeres. No obstante, en comparacion de esto, es decir, de la Religion y la posesion eterna de Dios, ¿qué es la posesion fugitiva de todas las criaturas existentes ó posibles? Nada, nada: ¿pensamos en esto?

La Religion debe excitar nuestro reconocimiento y determinar nuestra fidelidad hasta en el conocimiento profundo de ella misma y en los deberes que nos impone. En efecto, la Religion consiste por parte de Dios en las verdades que revela y en los deberes que impone al hombre, y que son las leyes y condiciones de su consorcio con él; y por parte del hombre esta manifestacion consiste en el cumplimiento de los deberes de que es acreedor para con Dios, para consigo mismo y para con sus semejantes. Tal es la *naturaleza* de este noble consorcio. Sus *medios* son los auxilios ó las gracias que Dios da al hombre, y la cooperacion que este, ayudado de Dios, presta á la gracia: su *objeto* es para Dios la gloria, y para el hombre la dicha, es decir, la completa satisfaccion de todas sus facultades, y su *sancion*, las penas y recompensas del tiempo y la eternidad. ¡Qué puede haber mas generoso, mas fácil y mas ventajoso que este divino consorcio!

Pero hora es ya de estudiarlo en su historia. Hemos visto que el Hijo de Dios, Nuestro Señor Jesucristo, al hacerse nuestro mediador y fiador, restableció el lazo sobrenatural, roto por la rebelion de nuestros primeros padres<sup>4</sup>. De esto resulta evidentemente que no hay mas que una sola religion, la de Jesucristo, que la religion cristiana es por consiguiente tan antigua como el mundo, y que el Cristianismo es, como hemos dicho, una cadena magnífica cuyo último eslabon está en nuestras manos, y el primero unido al trono del Eterno.

¡Qué prueba mas fehaciente de esta consoladora verdad, objeto de

<sup>4</sup> Tanto en este sitio como en la Introduccion, en la leccion XXI de la parte I y en otros puntos, adoptamos el plan divino tal cual es, no como hubiera podido ser, y raciocinamos segun el orden de cosas que Dios ha realizado. Este orden de cosas consiste: 1º. en la creacion del hombre en un estado sobrenatural; 2º. en la voluntad de Dios de reparar el pecado del hombre y exigir una satisfaccion perfecta de su falta. Supuestas estas dos cosas, decimos que debia verificarse la encarnacion. Sabemos no obstante que Benedicto XIV permite sostener la opinion de que la encarnacion se hubiera verificado en la suposicion misma de la conservacion de la gracia. En cuanto á nosotros, al hablar de la encarnacion no raciocinamos, y suplicamos que se advierta, segun la suposicion de tal ó cual estado posible, sino segun el estado real del hombre, ni pretendemos encadenar la voluntad de Dios imponiéndole una necesidad incompatible con su perfecta libertad.

Así pues, adoptamos gustosos la siguiente conclusion de santo Tomás:

« Potuit Deus ex infinitate suæ divinæ potentiæ, alio quam Incarnationis opere humanum genus reparare; sed ut homo facilius et melius suam consequeretur salutem, hoc necessarium fuit ut Verbum ejus caro fieret. » (2 p. q. 1, art. 11.)

todas nuestras instrucciones, á saber: que la salvacion del hombre ha sido desde el origen de los siglos el único pensamiento de Dios, el objeto de todos sus consejos, y el fin de este mundo y de todos los acontecimientos!

Sí, el único pensamiento de Dios desde el pecado original fué el de repararlo, y el único objeto de todos sus designios hasta la venida del Mesías fué dar al mundo un Redentor, así como despues de esta venida fué mantener en la tierra la obra de la redencion, y extender sus beneficios á todos los pueblos y á todos los individuos. En una palabra, la última expresion de todas las cosas y la explicacion de todo lo que este Dios ha hecho desde el principio del mundo, y de cuanto hará hasta la consumacion de los siglos, es *salvar* á todos los hombres por medio de Jesucristo, y el objeto de la eternidad será *glorificar* en el cielo con Jesucristo y por medio de él á todos los hombres que se hayan aprovechado de la redencion. Luego es cierto, mil veces mas cierto de lo que podríamos decir ó comprender, que *Dios es caridad*<sup>4</sup>; luego es cierto que la grande y la única instruccion que debe resultar de toda la explanacion de la Religion es esta: *Dios ama á los hombres, y hace todas las cosas para dar testimonio de su amor á los hombres, reparando el mal que se hicieron á sí propios con el pecado, y devolviéndoles con usura todos los bienes que perdieron.*

Ya que el único pensamiento de Dios ha sido la salvacion del hombre, se preguntará sin duda por qué no envió al Salvador en el momento despues de su pecado. Ora se considere por parte de Dios ó por la del hombre, esta dilacion es una prueba admirable de la sabiduría de Dios y de su amor hácia nosotros.

4º. En cuanto á las razones consideradas con respecto á Dios para explicar la dilacion del Redentor, la principal es, que Dios queria durante este largo intervalo de cuatro mil años que se predijera el grande acontecimiento de la venida del Mesías con todas sus circunstancias, é imprimirle con tanto brillo el sello de la Divinidad, que fuera imposible no reconocer en Jesucristo al libertador del género humano.

Con esta mira fueron *prometidos, figurados, predichos y preparados* por una multitud de acontecimientos y de señales todos los misterios del Redentor, y todo el orden de nuestra salvacion, que es su fruto, un gran número de siglos antes de verificarse, con el grado de luz que á cada época convenia. Dios obró en esto como un padre lleno de solicitud y de ternura.

Recelando que el hombre abrumado bajo el peso de sus males no caiga en la desesperacion, no cesa de hacer resonar al oido de su Hijo querido y de presentarle á sus ojos empapados en lágrimas la consoladora promesa de un Libertador. ¡De este modo satisfaciais tambien,

<sup>4</sup> Joan. iv, 8.

Dios mio, la necesidad de vuestro corazon paternal! Dios solo castiga á pesar suyo; y viendo á nuestros padres y su triste posteridad, viendo aquellas hermosas criaturas á quienes tanto habia amado privadas de su inocencia y de su dicha; viendo aquellos reyes del universo decaidos y condenados á rudos trabajos como los mas viles esclavos, arrastrando hácia el sepulcro una larga cadena de enfermedades y dolores, no pudo contenerse su ternura ante el espectáculo de tantos infortunios, aunque por otra parte los tuviesen bien merecidos.

Vedle cuál multiplica las figuras, las promesas y los vaticinios del gran Libertador. ¡Animo! decia en cierto modo con cada promesa y cada figura á las generaciones que acababan de cumplir en la tierra su dolorosa prueba; vuestros males terminarán, yo soy vuestro Padre, vosotros sois siempre mis hijos, y la felicidad será un día vuestra herencia. Y sembró estas figuras, promesas y profecias en el antiguo mundo sobre los pasos del hombre desterrado, así como la Iglesia ha plantado la cruz, tierno recuerdo del Libertador, en el mundo nuevo sobre los caminos, las plazas públicas, en los desiertos, en la cima de los montes y en la cúpula de los edificios, para que á cualquiera parte que el desterrado del cielo dirija sus miradas, vea la señal de la esperanza. Así es como Dios no ha cesado, ni cesa aun, de recordar al hombre caido la redencion que le restablecerá en el trono primitivo.

2º. En cuanto á las razones tomadas de parte del hombre, era preciso que este experimentase pro mucho tiempo la miseria, para que sintiese mejor la necesidad y el precio de su remedio, era preciso que el hombre fuese pro mucho tiempo y profundamente humillado, para ser curado del orgullo, principio de su caida; era preciso que deseara con más ardor al Mesías, á fin de que estuviese mejor dispuesto á aprovecharse de sus ejemplos y lecciones, y era preciso, en fin, que conociera que solo Dios podia salvarle, pues todos los esfuerzos de los filósofos y los sabios de la tierra no habian podido sacarle del doble abismo de la ignorancia y de la corrupcion en que se habia precipitado. Por lo demás, el hombre, desde el instante de su pecado, sintió los beneficios de la encarnacion futura, y supo aprovecharse de ellos.

Otra prueba no menos admirable de la bondad de Dios para con el hombre es que solo le dió á conocer poco á poco y rasgo por rasgo al Salvador que le reservaba, nivelándose de este modo la sabiduría divina á la debilidad humana. Todo se efectúa despacio y por grados, lo mismo en el órden de la gracia que en el de la naturaleza. Jesucristo es el sol del mundo espiritual, y ya sabemos que el sol no aparece de una vez en el horizonte con todo el brillo de sus rayos refulgentes, sino que le precede la suave y tierna claridad del alba, seguida de los rayos dorados y mas vivos de la aurora, cuya gradual sucesion de luz prepara nuestros ojos para que resistamos el brillo deslumbrador del astro del día.

Lo mismo ha sucedido en el mundo espiritual. En el principio, los hombres eran como personas que al despertar les hubiera ofuscado una viva luz<sup>4</sup>. Dios tiene cuidado de los ojos débiles, solo deja aparecer primero la suave blancura del alba, es decir, que solo da de la redencion las nociones de que los hombres son capaces. Así sucede desde Adán hasta Moisés, y es la Religion del tiempo de los Patriarcas, ó la ley de la naturaleza, ley sencilla en sus dogmas, en su moral y en su culto; es el bosquejo del cuadro.

Viene en seguida el resplandor mas vivo de la aurora, y es la Religion desde Moisés hasta el Mesías, ó la Religion bajo la ley, la cual, mas desarrollada en sus dogmas y preceptos, y rodeada de un culto mas majestuoso y complicado, da á los hombres un conocimiento mas claro del Libertador; y es el boceto del cuadro.

Finalmente, en la plenitud de los siglos y cuando los hombres están bastante preparados para sostener la brillante manifestacion del gran misterio de la redencion, Dios hace aparecer el mismo sol, Nuestro Señor Jesucristo, rodeado de todo el esplendor del mas hermoso día; y es la perfeccion del cuadro.

Estaba, pues, decidido en los consejos de la Sabiduría eterna, que el Mesías no vendria inmediatamente despues del pecado original. Investiguemos, segun esto, lo que Dios debia á su bondad para con el hombre con objeto de consolarle de una espera de cuatro mil años.

Ahora bien, se concibe sin esfuerzo que Dios debia, 1º. prometer al hombre este Redentor; 2º. darle sus señas, para que pudiera reconocerle cuando viniera, y adherirse á él; 3º. preparar el mundo para recibirle, y establecer su reinado.

Hé aquí tambien lo que hizo Dios de una manera digna de su infinita bondad y profunda sabiduría. Darémos una idea de este plan divino, que vamos á explicar en esta parte I del Catecismo.

1º. *Promesa del Mesías.* Dios se apresura á prometer al hombre un Redentor, para que la desesperacion no se apodere de su corazon, é inducirle á tomar paciencia. La mujer *quebrantarà la cabeza de la serpiente.* Estas misteriosas palabras dirigidas á nuestros primeros padres un instante despues de su pecado, hacen brillar á sus ojos bañados en lágrimas el primer rayo de esperanza; y á medida que los siglos se suceden y el hombre se hace capaz de conocimientos mas claros, se repiten las promesas cada vez mas precisas. Admiracion causa el seguir esta larga cadena de promesas divinas que, desarrollándose mutuamente, nos conducen de grado en grado, de la

<sup>4</sup> Nuestro Señor mismo, que vino para disipar todas las sombras, se conforma á esta ley; solo revela por grados á sus Apóstoles las verdades que quiere enseñarles, y obra de esta suerte porque desea nivelarse á su debilidad, no considerándoles capaces de luces mas vivas. *Muchas cosas tengo que enseñaros aun, les dice, pero no sois capaces ahora de comprenderlas.* (Joan. XVI, 12.)

generalidad de las naciones á un pueblo particular, de este pueblo á una de sus tribus, y de esta tribu á una familia. Al llegar á este punto, Dios se detiene, y allí acaban las promesas, pero no nuestra incertidumbre.

Es verdad que el hombre está seguro de tener un Redentor, y de que este saldrá de la familia de David; pero habrá muchos hijos en esta familia que debe existir sin confundirse con ninguna otra hasta la ruina de Jerusalem y de la nacion, es decir, durante mas de diez siglos. Si no acuden á iluminarnos nuevas revelaciones, imposible nos será reconocer entre tantos otros el vástago de David que ha de salvar el mundo, y hé aquí al género humano expuesto á rechazar á su Redentor cuando venga á tenderle su mano para levantarlo de su caída, ó á adherirse al primer impostor de la raza de David que se titule el Mesías. La dificultad es grave; pero tranquilicémonos, Dios lo ha previsto, y él mismo nos dará las señas del hijo de David, á quien deberá el hombre su salvacion.

2<sup>a</sup>. *La filiacion del Mesías*. Empieza bosquejando en las figuras la filiacion del Libertador. Durante tres mil años, es decir, desde Adán hasta Jonás, aparece una larga serie de grandes personajes, todos los cuales representan al Mesías en alguna de las circunstancias de su nacimiento, de su muerte, de su resurreccion y de su triunfo. Dios prepara mil acontecimientos, establece una gran variedad de ceremonias y sacrificios, que son otros tantos rasgos esparcidos, cuya reunion compone la filiacion en bosquejo del Deseado de las naciones. Los sacrificios eran las mas significativas de todas estas figuras: todos los dias la sangre de las víctimas y la inmolacion perpetua del Cordero en el templo de Jerusalem recordaba al pueblo judío la Víctima futura, cuyo sacrificio debia reemplazar á todos los otros, y á los cuales daba de antemano todo su mérito; figura permanente que entendia el pueblo entero <sup>4</sup>.

Sin embargo, fuerza es convenir que no bastan estos diferentes rasgos, pues el bosquejo no es el retrato, y este es el que necesitamos. Aquellos rayos de luz esparcidos por aquí y por allá, y cubiertos con sombras mas ó menos densas, solo dan aun un conocimiento vago del Libertador futuro, de modo que no está en ellos, repetimos, mas que el bosquejo de su filiacion. Pues bien, Dios desea que este sea tan claro, tan característico y tan circunstanciado, que no pueda el hombre, á menos de una ceguedad voluntaria, engañarse y desconocer á su Redentor.

<sup>4</sup> Quorum quidem sacrificiorum significationem explicite majores (los mas ilustrados) cognoscebant; minores autem (los menos ilustrados; este es el sentido que el mismo santo Tomás da á esta palabra, *art. 4*) sub velamine illorum sacrificiorum credentes ea divinitus esse deposita, de Christo venturo quodammodo habebant velatam cognitionem. (*D. Thom. 2, q. 2, art. 7.*)

Pero pronto va á desvanecer todas las sombras, á completar todos los rasgos, y á fijar toda clase de incertidumbres. Y ¿cómo lo hace?

En su infinita sabiduría suscita á los Profetas, y asociando su inteligencia á la suya infinita, les comunica los secretos del porvenir. Pone ante sus ojos al Deseado de las naciones, y les manda que lo pinten con tanta precision, que sea facilísimo distinguir entre todos los demás al hijo de David que salvará el mundo. ¿Qué son, pues, las profecías? La filiacion completa del Redentor prometido desde el origen de los siglos, y figurado bajo mil rasgos diversos.

Con esta filiacion en la mano buscamos, entre todos los hijos de David que existieron antes de la ruina del segundo templo, en el cual, segun los mismos Profetas, debe entrar el Mesías, á aquel al cual es adecuado exclusivamente y de todo punto. Nuestra averiguacion no es larga ni difícil, y lo mismo que el navegante, quien, al distinguir la orilla apetecida, repite con entusiasmo: ¡Tierra! tierra! pronto caemos de rodillas, y nuestra boca proclama el adorable nombre del Hijo de Belen con el mas vivo sentimiento de admiracion, de respeto y de amor.

3<sup>a</sup>. *Preparacion del Mesías*. Dios acaba de emplear mas de quinientos años en dar por el órgano de los Profetas la filiacion completa del Mesías; todo queda predicho, el lugar de su nacimiento, la época de su venida, y sus mas insignificantes acciones. ¿Qué falta? ¿no lo adivináis? Cuando un gran monarca tiernamente amado de su pueblo y esperado con impaciencia ha de verificar su entrada en la capital de su reino, todos se apresuran á facilitarle los caminos, se le abren todas las puertas, y todos los ánimos se preparan para recibirle.

Así pues, como el Verbo eterno, el Rey inmortal de los siglos, debia hacer muy pronto su entrada en el mundo, Dios su Padre le facilita todos los caminos, le abre todas las puertas, prepara los ánimos á recibirle, y hace que todos los acontecimientos humanos concurren al establecimiento de su reinado eterno. ¡Asombrosa preparacion de grandeza y majestad, que se remonta hasta el origen de los siglos, y comienza á ser sensible con la vocacion de Abraham, pero es evidente quinientos años antes de la llegada del gran Rey!

Desenvolverémos el plan divino, demostrando con el apoyo de los Profetas que todos los acontecimientos políticos anteriores al Mesías, y especialmente los cuatro grandes imperios que segun Daniel debian preceder su venida, contribuyeron cada cual á su modo á preparar el reinado del Deseado de las naciones, por quien y para quien se hizo todo. En efecto, si se considera que aquellas grandes monarquías solo se elevaron en una larga serie de siglos, que las prepararon una multitud de acontecimientos, de guerras, de victorias y de alianzas de que fueron teatro el Oriente y el Occidente desde la mas remota